

Todavía podemos ser hermanos

“La verdad os hará libres”

F. Codés.

DESDE este rincón pacífico en que escribo, la naranja terrestre queda dividida en dos mitades aleccionadoras: El Nuevo y el Viejo Mundo: América y Europa.

Europa, la vieja, la arruinada en sangre y en dinero... y en ideales, que es la ruina definitiva. La Europa de la Alemania aplastada, de Francia carcomida, de Italia vacilante, de Inglaterra en angustias bien poco optimistas. De Estonia, Letonia y Lituania... si ya nos habíamos olvidado de que existieron y de que debían existir esas tres naciones. De Polonia, por cuya integridad territorial se dijo que se iba a la guerra y hoy, y por los mismos ven-

cedores que prometieron lo contrario, mutilada. Qué ironía la de la línea Kurzon. De Yugoslavia con la hoz que el Mariscal Tito le ha puesto al cuello. De Rumania, donde, ojalá que el renunciamiento a una corona no sea más que eso. De Finlandia, asustada de tanta carantoña rusa.

Sólo quedan unas pocas naciones —a quienes muchos consideran como una presa más o menos lejana del comunismo— pero que conservan todavía reservas para una oposición a la muerte. Hacia el norte Irlanda, Bélgica, Suecia... En el sur: España, Portugal y Suiza. Gracias a Dios, alguna de estas naciones ha demostrado su deci-

sión sangrienta frente a Rusia, aun ante la incomprensión del mundo. En ella, y en las que la sigan está la salvación del mundo.

Y... América. Una palabra cuyas sílabas llenan la boca al pronunciarlas, pero que si realmente se ha de reducir a eso su misión, no hay por qué pronunciarlas con tanto orgullo.

Si todo nuestro quehacer va a consistir en proporcionar una sopa caliente y un paquete de Nabisco y... ¿por qué no decirlo?, si toda nuestra ayuda a Europa va a consistir en los millones del Plan Marshall, la historia nos juzgará a los americanos como a unos niños ingenuos o como a unos hombres miopes.

Los dólares son necesarios a Europa; no está mal la frase. Hay demasiadas ruinas materiales, demasiada hambre que se puede remediar con nuestro dinero. Pero si no ofrecemos más; nuestros hijos o los hijos de nuestros hijos afirmarán, por experiencia, que sus padres o abuelos... fueron hombres pequeños.

¿Y tenemos los americanos conciencia de nuestra responsabilidad en esta noche triste de Europa? Cuántos de los americanos se atreverían a afirmar que vale más una oración a Dios en favor de esas pobres naciones que los millones del perezoso plan Marshall? Y este es nuestro pecado fundamental: hemos destrozado la jerarquía de valores, y Dios no cuenta entre los grandes de la tierra. Qué ridiculez llamar grandes a quienes un ataque cerebral aniquila, unas elecciones anulan, y una muerte que siempre llega los hará enmudecer para siempre. Y la verdad es que Dios no es grande

para América; pero son grandes nuestros Consejos de Administración, y se nos llena la boca al hablar de nuestros grandes recursos y reservas económicas.

Y si es esto sólo lo que ofrecemos al mundo de hoy para su enderezamiento, América, en vez de ser la salvación, será una desgracia para el mundo. Si nuestra caridad es solamente filantropía; si no creemos en la práctica, que los hombres —todos— tienen un alma y un común destino y que las almas necesitan algo más que pan y calcetines de lana; si vale más para nosotros un pozo de petróleo que un libro amante de la verdad; si juzgamos que Ford y Rockefeller son más necesarios que Don Quijote; si seguimos considerando a la tierra como algo definitivo para el hombre, y que en el cielo sólo existen las estrellas, entonces, a América habrá que escribirla con minúscula, a los americanos nos llamarán egoístas y miopes, y entonces será la hora de llorar el «Dios salve a América».

Es una ingenuidad creer que América será libre, rica y feliz, con una Europa dominada por el comunismo, empobrecida y triste. No es ya el Atlántico ningún «mar desconocido», ni ninguna barrera de consideración (1). Y sobre todo teniendo en cuenta nuestra innegable dependencia cultural y religiosa de Europa, sería el colmo de un infantilismo fatal creer que con el plan Marshall y otros remedios parecidos, la crisis europea, que lo es del mundo entero, se convertirá en un futuro optimista. Y esta es la hora de hacer algunas reflexiones claras, aunque respetuosas. Estamos en la hora de la verdad, y no hay que tener miedo al toro.

Norteamérica no puede ella sola salvar a Europa, y por consiguiente al mundo (2). Ojalá que los mismos norteamericanos se convenciesen de esto. Y no puede porque esa nación de tantos millones de habitantes apenas si puede ofrecer a Europa otra cosa efectiva que dólares; y la crisis europea no es, ni principalmente, crisis de dinero. Europa tiene el espíritu herido, y para tales enfermedades no bastan las reservas ni las confianzas del National Bank. Y la razón es clara. Estados Unidos no es una nación católica; Estados Unidos no es siquiera una nación protestante, aunque oficialmente lo sea.

¿Qué recursos espirituales puede ofrecer Norteamérica para salvar a Europa? Yo sólo encuentro uno: La Democracia. Y escribiendo para personas inteligentes, no se asustarán de que así afirme que la democracia ofrecida por Estados Unidos es —en la práctica— un mito; ni más ni menos. Un mito que llena las bocas, pero que no satisface ni los estómagos ni mucho menos las hambres voraces de justicia y paz de los infinitos espíritus atormentados de la hora presente. Porque esa democracia que en Estados Unidos parece que da resultado, no resulta en ninguna parte.

Lo más fundamental de la democracia, como de cualquier otro sistema, es «su concepto del hombre», de la personalidad humana. El nazismo esclaviza la persona al dios-estado. El liberalismo, en teoría, endiosaba al hombre, al proclamarlo absolutamente libre. Pero esa absoluta libertad es para el hombre, por inexacta, su más odiosa esclavitud. Nos hace daño la demasiada libertad; no por libertad, sino por demasiada. Además la conse-

cuencia histórica del liberalismo es la preponderancia exagerada de lo económico, con menoscabo de ciertos valores del espíritu. Y en la democracia yankee actual el signo de prosperidad no lo da el alza de los valores del espíritu sino las cotizaciones de Wall Street. No hay sino leer los juicios de libros y revistas norteamericanas sobre los asuntos propios y más sobre los extraños, para encontrar como eje de todas sus apreciaciones al dólar.

Una manifestación oficial de ese ambiente —del que sólo logra librarse el catolicismo y una parte del protestantismo devoto— son los dos grandes remedios del mundo que ha patrocinado Estados Unidos: Plan Marshall y ONU. El primero es remedio económico; el segundo es de tipo espiritual.

El Plan Marshall quiere remediar definitivamente la gran crisis económica que paraliza a Europa. Yo creo que es una gran cosa eso del Plan Marshall si se le ofrece a Europa con honradez y con deseo de que Europa vuelva a ser dueña de sí y no pobre mendiga de una generosidad demasiado egoísta. Que Estados Unidos no tengan miedo a que las fábricas europeas vuelvan a hacerle la competencia; que no se deje engañar y quiera convertirse en el único rico del mundo, porque esto sería su perdición.

La ONU. Parece que si Dios hubiese querido confundir a ciertos hombres, a éstos no se les hubiera ocurrido sino organizar la ONU. ¿Para qué vamos a decir otra cosa si ya todos estamos convencidos de la verdad de ese gran engaño? La ONU nació de un deseo ingenuo de los vencedores para poder establecer la paz en e

mundo de postguerra: todos unidos, una autoridad suprema que dictaminase con equidad sin acudir a las bombas. Y ellos, que sabían lo que son los hombres por lo que habían sufrido y por lo que habían hecho sufrir, crearon un organismo que en teoría prometía ser una preciosidad, pero que al realizarse, fué una expresión de su egoísmo, de su miedo y de su pequeñez histórica: el veto, Polonia, los Países Bálticos, España, etc.

Estados Unidos obró como un muchacho al permitir que la ONU se organizase así. Y cuando Dios lo colocó en una encrucijada que lo podía conducir al agradecimiento del mundo entero y a una ejemplaridad histórica apenas concedida a otro pueblo sobre la tierra, él eligió, para vergüenza de aquellos que sufrirán las consecuencias, la ONU. Y no admitió a Dios en la ONU; tuvo miedo de confesarlo delante de los hombres que a su vez se habían reunido; y «aquél que me negare delante de los hombres Yo le negaré delante de mi Padre celestial». Donde no hay conciencia cristiana, no esperemos encontrar la solución para el mundo de hoy. Y Estados Unidos, rico en dólares, es pobre en conciencia. Esto aunque duela es la verdad. Y esto, con todas sus trágicas consecuencias para millones de hombres, es la verdad.

Y en cambio esos pueblos a quienes una leyenda tan negra como injusta nos pinta como retrasados mentales: en Europa, España, Portugal; en América desde Méjico hasta Chile, éstos, los cavernícolas, los oscurantistas, los... éstos son los únicos capaces de afrontar el espíritu por cuya ausencia la ONU va de fracaso en fracaso y fracasarán cuantas conferencias semejantes se organicen contra la inestabilidad actual.

Ellos tienen dólares; está bien. A nosotros no nos faltan del todo; y sobre todo tenemos a Dios, aunque con frecuencia nos hemos avergonzado de El y lo hemos querido ocultar como algo que en determinadas circunstancias estorba. Ridiculez, tenemos bien merecido el desprecio con que nos miran los de la otra acera.

Pero al fin tenemos a Dios. Y con El la esperanza firme de salvación frente a tantas insustancialidades vestidas con traje de ópera.

No hay nación que ella sola pueda arreglar al mundo, y menos a este mundo dividido a causa del espíritu. ¿Por qué no formar una hermandad del espíritu y del dólar? Porque pueden ser hermanos.

No cejemos en nuestros derechos. Nuestra insignificancia actual se debe a que hemos creído tontamente que es más el dinero que no tenemos que el espíritu que, a Dios gracias guardamos. Hasta ahora hemos hablado en voz baja; en adelante no. Son grandes y definitivas las cosas que tenemos que decir al mundo. A pesar de nuestras tacañerías tenemos siempre la misericordia de Dios sobre nosotros.

Y eso es lo que el mundo necesita por encima de todo: DIOS. Pero un Dios efectivo sobre la inteligencia y sobre el corazón. Hablar de derechos humanos sin reconocer antes los derechos divinos, es bastante más ridículo y catastrófico de lo que creen ciertos señores.

Esta es nuestra misión, pueblos hispánicos: ayudar a la Iglesia en su tarea de cristianizar al mundo, sobre todo al mundo cristiano. Aun econó-

micamente podemos mucho; pero sobre todo tenemos a Dios. Si Estados Unidos, aun por meras razones políticas, se convenciese de su grandeza y de su impotencia juntamente, acabaría (respecto de América) con su política en descrédito del buen vecino, para comenzar la tarea de la hermandad.

Dicho más ampliamente y más claramente, Estados Unidos debe dejar de mirar a la Hispanidad como a una amenaza, y ver en ella una fuerza decisiva —y con la que habrá de contar en fin de cuentas y a la hora de las cuentas—, para el bienestar del mundo. La economía va actualmente con Norteamérica; los valores espirituales que consiguen, entre otras cosas, que esa economía no sirva para la muerte, esos valores están con nosotros. ¿Por qué hemos de estar como perro y gato? ¿Por qué Estados Unidos se ha de empeñar en hacernos a su imagen y semejanza, si, ni lo queremos, ni podemos serlo?

A Dios se va por muchos caminos; el caso es llegar. Ni democracia, ni república, ni monarquía, ni totalitarismos, ni otros muchos «ismos» que el hombre inventa para su consuelo, son caminos de Dios, o... lo son todos por igual. Pues ¿Por qué nos hemos de dividir por cosas accesorias? Que cada pueblo baile el son que más le guste. Mientras en un sistema político se respalden eficazmente las verdaderas libertades y los verdaderos derechos del hombre portador de valores eternos, no nos peleemos porque se llame así o se deje de llamar. Todas nuestras fuerzas deben estar unidas —en haz— contra la hoz que se imagina segarnos y el martillo de la esclavitud. Ahí está el enemigo a quien poco preocupan los nombres con tal de llegar a conseguir sus fines.

América, toda ella, no puede estar unida entre sí, si se le desvincula de Europa. Estados Unidos no pueden hacer las veces de Europa; y esto es verdad por ahora, aun económicamente. Sobre todo la América que reza en castellano, no puede, sin envenenarse apartar su mirada del rumbo que para siempre le abrieron tres frágiles carabelas. España vino a América y aquí se quedó, nos guste o no nos guste. Y con España —mejor, con la Hispanidad que ya no es tesoro exclusivo de España sino de todos y de cada uno de los componentes del Mundo Hispánico—, nos salvaremos o nos condenaremos; pero con otros, sólo la condenación.

La Hispanidad no crea enemistades, pero sí desigualdades. No es lo mismo creer en Dios y en el hombre capaz de salvarse, que creer en una bondad natural y prescindir de la eternidad. ¿Acaso cada pueblo no tiene su destino, lo mismo que cada individuo?

Qué esperanzador sería para el mundo que estas dos fuerzas: Estados Unidos e Hispanidad, se abrazaran, sin confundirse, fraternalmente, para trabajar juntas en el arreglo del mundo, que parece ya una casa de locos. Este es el quehacer histórico de ambas; no la desconfianza y el recelo mutuo. El mundo las espera y las necesita unidas para desfacer los innumerables entuertos de la hora presente.

Europa necesita especialmente de nuestra ayuda generosa de americanos. Es la hora de Hispanoamérica, aunque tenga que luchar con muchas restricciones dolorosas. Tenemos, todos los americanos, que ayudar a Europa a no perder su idealismo, el dominio del es-

píritu sobre la materia, a no perder su fe en Dios y en el amor. No permitamos que los europeos lleguen a perder colectivamente su fe en la Providencia que escribe derecho con palotes torcidos, y entonces podremos tener confianza en que el porvenir no será la lucha destructora.

Mientras creamos que América está inmunizada contra la fiebre que padecen casi todos los pueblos de Europa, estamos en peligro. Si creemos que el

problema de Europa es un problema de mera reconstrucción económica, el peligro propio nuestro se agiganta. Pero si nosotros con nosotros mismos vamos convirtiendo a Dios en un ente con menos valor que una explotación minera o una determinada actividad política, entonces... Dios salve a América, porque los americanos la hemos envenenado.

Granada, Nicaragua,
agosto de 1949.



- (1) *Esta frase se escribió antes de que se hablase para nada del actual Pacto del Atlántico Norte. Dicho pacto sólo demuestra para EE. UU. y para América que realmente el mar no es ninguna barrera de consideración, y que hay que poner la defensa al otro lado del mar. Europa es la defensa de América. Ideológicamente, ese pacto supone un cambio respecto de Rusia; si no lo supone es difícil comprender la prisa con que se ha llevado a cabo y su finalidad.*
- (2) *Ideológicamente son tres las fuerzas operantes en el mundo: Democracia Norteamericana, Comunismo Ruso e Hispanidad. La democracia norteamericana no solucionará el conflicto europeo-mundial y quizá nos lleve a resultados bien imprevistos. Norteamérica puede —sin aparentemente inclinarse a Rusia— hacerle, sin embargo, el juego; ése es el peligro. La única fuente sana es la Hispanidad; pero tiene que cobrar conciencia de sí misma. Los pueblos —todos— tienen que elegir entre esas tres fuerzas, y con su elección les vendrá o la ruina o el triunfo.*